

A Mirror up to Nature: Por qué *Hamlet* es un clásico

Sesión del Seminario Explorar la Ficción

12 de marzo 2010

Prof. Dr. Braulio Fernández Biggs

Sería bastante difícil negar que *Hamlet* es una de las obras más complejas de Shakespeare. Directores, actores, los estudios literarios en general, la crítica y por cierto el público, han dado cuenta, por 400 años, de una multitud de problemas hermenéuticos, y de la más variada especie.

Pero, ¿por qué es una obra tan compleja? Se ha solido responder culpando a la enrevesada condición anímica, psicológica y hasta moral del príncipe de Dinamarca; aunque ello se ha fundado en una asimismo enrevesada y hasta disímil cantidad de posiciones teóricas. Tanto que, como ha sostenido Richard Halpern respecto de la obra de Shakespeare en general, especialmente aplicable a *Hamlet* en particular, “the sheer mass of Shakespearean scholarship, criticism and speculation provides an archive vast enough to ‘prove’ virtually anything, and thus to manufacture Shakespeares to order, ‘as you like it’”.

Este trabajo quisiera, simplemente, reponer la vieja idea aristotélica de *mimesis* como representación de lo humano –o la propia idea de Hamlet del drama como *mirror up to nature* (3.2.22)– para sugerir que, quizá, buena parte, si no toda la complejidad del príncipe y de la obra, se explicarían en que Shakespeare logró representar en ella, y con él, la complejidad misma de la condición humana. Es decir, que lo complejo de Hamlet no radicaría más –ni menos– que en su propia humanidad, en su propia condición de persona (*qua* ficción representativa).

Ahora bien, lo demasiado humano que es Hamlet se complica todavía más estando en la obra sometido a una sucesión vertiginosa de hechos frente a los cuales reacciona de diverso modo. Pero, y en tal sentido, no se debería pasar por alto que el príncipe, como toda persona (pues poéticamente eso se pretende que sea y signifique), necesariamente expresa rasgos contradictorios; claroscuros, grises. Hamlet no es un prototipo o un manual de comportamiento –como no lo es nadie, por lo demás–, ni tampoco una figura de cartón piedra.

Así, lo que ha representado Shakespeare en *Hamlet*, ante todo, es una libertad acosada por los hechos. La verdad que ha irrumpido sobre el príncipe lo obliga, pero él no tiene tiempo de actuar. En este sentido resulta una especie de “víctima” de aquella: no tanto porque tenga culpa al respecto, sino porque le aplasta.

El trabajo, junto con profundizar en estos planteamientos, intentará mostrar cómo Shakespeare estructuró lo anterior en su obra: cómo construyó el escenario para el despliegue de esa libertad acosada por los hechos, causa y razón de su propia complejidad.

Se considerarán cuatro versiones cinematográficas de la pieza como “casos de estudio”, destacándose sus peculiaridades pero sobre todo identificándose sus constantes estructurales, de personajes y de acción: Laurence Olivier (1948), Grigori Kozintsev (1964), Franco Zeffirelli (1990) y Kenneth Branagh (1996).

En definitiva, lo que se intentará mostrar es que, con *Hamlet*, lo humano ha sido puesto en un contexto de hechos tal, que permite que se manifieste en todas sus facetas. Y que en ello radica, naturalmente, su histórica aunque natural complejidad.